

Recogiendo del aire una una voz...

ROMPIENDO un silencio de varios años —*La destrucción o el amor*, 1935—Vicente Aleixandre ha entregado a las librerías una nueva obra: *Sombra del Paraíso*, pulcra y bellamente publicada por ediciones Adán, e inauguradora de la colección “La creación literaria”.

En esta hora poética española de tono menor, suavidad y dulzura, de contención dentro de los moldes métricos isosilábicos, emerge la ambiciosa intención, la arrolladora pasión de un poeta universal, cara a la creación, en ademán cósmico y demiúrgico, torrente de luz y fuerza que se desborda a través del verso libre, fiel a la tradición anasilábica de nuestra poesía.

Un curioso fenómeno ha suscitado la aparición de éste libro. Un sector de lectores y críticos ciegos para el Aleixandre de obras anteriores, acoge gozoso la nueva senda que aquí inicia Vicente. *Sombra del Paraíso* ha abierto un mundo poético a la intuición—¿se comprende en poesía?— de todas las sensibilidades. Ha sido reconocida como el más alto grito lírico de nuestros días, como el mensaje más denso y maduro enviado desde el reino misterioso de las sombras donde habitan las sagradas formas de la Poesía. En el reverso de esta estampa se encuentran algunos fervidos devotos de *La destrucción o el amor* a quienes *Sombra del Paraíso* ha revelado un Vicente distinto, inesperado. Anhelaban, quizá, una acentuación del verbo familiar, del que se consideraban portavoces y exégetas. Eran sacerdotes de una forma que, a los demás —masa y vulgo—, parecía hermética, criptica. (No quiero significar con ésto incomprensión o depreciación de los modos anteriores de Aleixandre, ya que creo en una unidad fundamental y básica de toda su obra. Algo así como un gigantesco y tremendo poema musical en claves distintas). Y ahora es inútil su culto porque ha bastado la palabra mágica del maestro para que los dormidos despierten a la luz y a la gracia inocente y virginal de un mundo primigenio. Es la explicación lógica y psicológica del desencanto, de los pequeños y expresivos peros con que acogieron la nueva anunciación.

Sombra del Paraíso no es un poema religioso, ni melancólica nostalgia de un edén perdido, aunque fuese lícito deducirlo del título. No hace referencia a nuestros primeros padres, ni a la manzana tentadora. Vicente Aleixandre evoca un cosmos entrevisto en su soñación poética y en el cual conoció la “generosa luz de la inocencia”, escuchó “la música de los ríos” ignorantes de “su efímero destino transparente” y vió sorprendido nacer “cada mañana los pájaros... celestes”. No había culpa, ni pecado. Todo era limpio y nítido en aquella primera mañana de la creación.

El tiempo se ha detenido para Vicente en aquel instante auroral y él permanece joven, eternamente joven, como un semi-dios de la Mitología. A su alrededor las cosas sufren y las criaturas envejecen, perdiendo la frescura primera: Hoy sólo son sombras, espectros. Toda la teoría de esta obra aleixandriana parece remontarse a la alegoría de la caverna, donde Platón plasmó gráficamente su concepción de las ideas y de los seres. Quede señalado, tan sólo apuntado, este platonismo deliberado o inconsciente.

El marchitamiento, la pérdida de la belleza hace gemir a éste semi-dios solitario que pierde, una tras otra, las ácidas delicias de estrenar cada mañana las nacientes brisas y cuyo pie se lastima posándose sobre hierbas holladas. Han aparecido los hombres, seres crueles que no saben del valor del rocío sobre las flores, ni rinden culto a la lluvia, a las fuerzas primeras, a los inmortales elementos.

Todos los poetas cósmicos han de definirse frente al universo. Aleixandre no se hurta a esta ley general y se adhiere a la naturaleza por una constante amorosa. Pero el amor no es en él una actitud franciscana de hermandad hacia las criaturas, sino que las ama con afán de hermosura. Allí donde comienza a perderse el horizonte de la belleza, allí termina el amor, nacido de la alegría y el placer, no de la bondad, ni de la jerarquización en un orden teológico.

La técnica de *Sombra del Paraíso* es un debelar recuerdos, vivencias que han sido incorporadas a la vida interior del poeta. Estilísticamente esto se traduce en el predominio del pretérito imperfecto de indicativo, que no hace referencia a un tiempo preciso y matemático, dejando la vaguedad misteriosa del recreo poético sin concreción cronológica. También abunda, aunque en menor cantidad, el pretérito indefinido. Hay una relación lógica en el uso de ambos. La evocación comienza siempre con el verbo en imperfecto y la progresión dinámica del suceder determina el empleo del indefinido.

Por ejemplo, comienza recordando:

Casi me *amabas*.

Somreías, con tu gran pelo rubio donde la luz resbala hermosamente.

Ante tus manos el resplandor del día se aplacaba continuo,
dando distancia a tu cuerpo perfecto.

La transparencia alegre de la luz no *ofendía*.
pero doraba tu dulce claridad indemne.

Y sigue: Yo *llegaba*, un fondo marino te *rodeaba*. Al comenzar la narración de hechos se introduce el pretérito indefinido para dar una sensación temporal en el espacio y marco ya definidos. A veces aparece el presente histórico con el cual da intensidad y plasticidad a la escena. Concretando: el imperfecto tiene un empleo de evocación espacial y circunstancial; el indefinido, temporal.

Imprescindible y urgente es un estudio de la métrica. Con *Sombra del Paraíso* el versículo adquiere carta de claridad, de modelo. No son lícitas ahora las negaciones. Aleixandre ha conseguido un ritmo acentual, dinámico y de intención que suele culminar en el final de los poemas. Los detractores de la versificación libre deben leer esta obra para disipar sus "recelos": el versículo queda aquí emparentado con la irregularidad métrica y estrófica que remonta su origen, en nuestras letras, al anafilabismo del *Mío Cid*.

En una primera lectura es fácil la sospecha de que Aleixandre debe ser lector constante y asiduo de la Biblia. Hay en su poesía una frescura y limpieza de primer día de la creación. Incluso expresiones

...y miré el mundo
y lo ví bueno...

recuerdan de cerca el decir bíblico.

En el poema "No basta", trágico y sangrante grito del hombre solitario frente al "vacío desolador", hay un ritmo y una sucesión paralela a la narración de Moisés: Recuérdese el versículo segundo, capítulo primero del Génesis. Aquí quiero anotar: no es cierta, como se ha afirmado, la falta de preocupación religiosa en *Sombra del Paraíso*; poemas como: "Destino de la carne" y "No basta" son suficientes para desmentirlo. (Próximamente y por más extenso he de referirme a tal cuestión).

Cada nuevo libro ha abierto a Vicente, al decir de la crítica, las puertas de la eternidad. Así ya tiene concedidos, por lo menos, dos siales en el reino de los inmortales. Poco importan las apreciaciones de profesionales o de espíritus apegados a normas y cánones caducos, no por la acción detritica del tiempo, sino por el empuje vital del arte. Sólo diré: *La destrucción o el amor* aseguró la continuidad de la voz de Aleixandre en un grupo de jóvenes arrebatados por el huracán de pasión que sacudía su poesía; *Sombra del Paraíso* le dá categoría de poeta universal al enfrentarle con el universo y extender su ámbito poético a todas las almas sensibles; apasionadas o gustadoras de la belleza a través de la serena emoción intelectual.

J. M.^a A. FERNÁNDEZ-CAÑEDO.